

MUJERES DE MI TIERRA QUE TEJEN MEMORIA, COMUNIDAD Y FUTURO. MULHERES DA MINHA TERRA QUE TECEM MEMÓRIAS, COMUNIDADE E FUTURO.¹

Mg. Andrea Silvina Morales²

Introducción

Tuve la bendición de conocer a estas mujeres a lo largo de mi trayecto laboral y profesional. Mi vínculo con ellas no nació de una visita aislada, sino de un camino compartido que comenzó hace más de dos décadas, cuando integré el Proyecto UNIR (Una Nueva Iniciativa Rural) de la Universidad Nacional de Tucumán entre 1998 y 2001. Aquella primera experiencia fue mucho más que un trabajo, fue una puerta hacia el conocimiento profundo de los territorios rurales del noroeste argentino y, sobre todo, hacia el universo de saberes, resistencias y potencias que habitan en las mujeres artesanas del telar.

Los años pasaron, pero la huella de ese encuentro inicial se volvió semilla. Desde el 2020, ya desde la Universidad Nacional de Catamarca, retomé el acompañamiento a estas comunidades a través de diversas acciones orientadas a fortalecer su trabajo, identidad productiva y su presencia en la economía social. Entre otros, coordiné los Proyectos de Voluntariado Universitario “Fortalecer la Economía Social” y “Mujeres Emprendedoras Rurales” mientras que desde el 2023, me integré como docente capacitadora en la Diplomatura Universitaria de Tejido en Telar, un espacio de extensión académico y formación comunitaria que honra y fortalece un saber ancestral que se transmite entre generaciones.

Este ensayo fotográfico nace de una hermosa invitación de mi querida amiga Lía Tiriba, de Brasil, cuya sensibilidad y compromiso con la educación popular y el

¹ Ensaio recebido em 11/07/2025. Aprovado em 09/04/2026. Publicada em 22/04/2026.

DOI: <https://doi.org/10.22409/tn.v24i53.69886>.

² Magister en Desarrollo Social Rural Andrea Silvina Morales. Investigadora y extensionista. Profesora Titular. Secretaria de Investigación, Innovación y Transferencia de la Universidad Nacional de Catamarca. Catamarca, Argentina. Email: andream@eco.unca.edu.ar. ORCID: <https://orcid.org/0000-0002-6379-1722>.

trabajo me animaron a dar forma a este recorrido. Su motivación y confianza fueron el impulso para compartir estas imágenes que hablan de mujeres, territorios y memorias que se tejen en silencio.

Esta narrativa fotográfica no solo se nutre en mis años de trabajo en territorios rurales, sino que también se arraiga profundamente en mi propia historia. Mis orígenes familiares provienen de espacios rurales donde las mujeres —como las de este ensayo— emanan fortaleza, trabajo y una capacidad inagotable de sostener a la familia y a la comunidad. En ellas reconozco los gestos y valores que me formaron: la perseverancia frente a la adversidad, la dignidad del trabajo cotidiano, el sentido de comunidad como forma de vida y la convicción de que el desarrollo es un tejido colectivo.

Por eso, este proyecto no es únicamente un registro visual, es un retorno a mis raíces, un homenaje a las mujeres de mi tierra y un reconocimiento a ese entramado de memoria, territorio y afectos que me ha guiado desde mis comienzos. Cada fotografía es, a la vez, documento y abrazo; evidencia y admiración, orgullo y agradecimiento.

Este proyecto fotográfico nace de ese profundo andar por los parajes del oeste catamarqueño, educando, admirando, aprendiendo y creciendo. Se nutre de conversaciones junto a cardones y parrales, de mates cebados entre telares, cerros y valles, del testimonio vivo de mujeres fuertes y del sonido de esos telares que hilan sueños. Es también un tributo a esas mujeres que, muchas veces siendo cabeza de hogar y enfrentando las desigualdades propias de los entornos rurales, se erigen con la firmeza de los cerros que las acompañan. Con cada hebra que tejen sostienen la memoria colectiva, mantienen viva la comunidad y proyectan futuro en territorios donde el desarrollo se escribe —inevitablemente— desde la fuerza de lo colectivo.

1. El hilo que nace de los cerros

En el oeste catamarqueño, el hilo parece nacer del viento y del silencio.

Las manos de las mujeres transforman la lana de oveja, de llama y de vicuña en memoria viva de la montaña.

En cada fibra late el pulso del territorio y el eco de un saber que ha atravesado generaciones.



Fotografía 1: Hilar es también resistir: transformar lo pequeño en algo grande que perdura. Licia Marcial, artesana de San José Norte (Santa María, Catamarca), hila lana de oveja con su huso. Ese gesto ancestral da origen a la materia prima que, más tarde, se convertirá en un poncho o un puyo destinado a la venta, aportando al sustento económico de su hogar.



Fotografía 2: Hilando despacio, como quien ordena el mundo a su propio ritmo. Silvia Marina Soria (60 años), de El Bañado, desmonta lana de oveja con la paciencia y el cuidado que anteceden todo buen tejido.

2. Manos creadoras que guardan memoria ancestral

Sus manos son un tesoro que guardan memoria ancestral.

Son manos trabajadoras que crean, sostienen y no dejan de soñar.

Son manos que se abren para a otros ayudar

a pesar que tienen mucho que cargar.

Con sus manos fuertes estas mujeres no dejan de acariciar

y con cada vuelta de hilo sus mundos pueden reinventar.



Fotografía 3: La fuerza del telar comienza en estas manos que sostienen familia y territorio. Son las manos de Doña Adelina Morales, artesana de Belén (Catamarca, Argentina), quien a sus 86 años continúa tejiendo con la misma dedicación y entrega que la acompañan desde niña.



Fotografía 4: Cuando ellas tejen, también sanan. El telar las abraza y el territorio las sostiene. Las manos laboriosas de Doña Maritza Mamaní, artesana de Santa María (Catamarca, Argentina).



Fotografía 5: El giro sagrado que transforma fibra en historia. Artesana de Antofagasta de la Sierra hilando en rueca. Antofagasta de la Sierra es una comunidad ubicada a 3.323 m.s.n.m. en la cordillera de los Andes. Rodeada de montañas que superan los 6.000 metros y cercana a vastos salares, este poblado es el principal oasis de la Puna catamarqueña, donde el oficio textil resiste y florece en medio del paisaje más agreste.

3. El telar: un mapa del territorio

El telar es una extensión de la tierra y, a la vez, un compañero de vida.

En él las artesanas crean, sueñan y encuentran un espacio donde el silencio se vuelve trama.

En su urdimbre se inscriben sueños, lágrimas y alegrías que atraviesan sus días, entrelazadas con esos saberes absorbidos de sus madres, abuelas, tías...



Fotografía 6: Telar criollo de la familia Díaz, en Londres (Belén, Catamarca). Allí, Doña Elsa Nicasia Díaz, de 84 años, teje junto a sus hijos, quienes resguardan con orgullo este saber ancestral que atraviesa generaciones.



Fotografía 7: Doña Adelina Morales, de pie ante su telar montado bajo la sombra de una parrá en el patio de su casa, teje vicuña con la delicadeza y maestría que la caracterizan. A sus 86 años, trabaja incansablemente, concentrada únicamente en el avance de su tejido, con una prolijidad que conmueve. Madre de once (11) hijos, abuela de treinta (30) nietos y bisabuela de quince (15) bisnietos, es un verdadero legado vivo de trabajo, ternura y resistencia.

4. Tejer sueños

Cuando las mujeres tejen, el trabajo se vuelve una celebración.

Entre vellones, hilos, lanas, historias y sueños, van hilando memorias compartidas. Cada tejido que nace refuerza la identidad: una trama que sostiene a las familias y abraza a toda la comunidad. Aun cuando el frío arrece, sus manos no tiemblan, saben que tejer, es resistir.



Fotografía 8: Nancy Cáceres artesana (46 años), oriunda de la localidad de Ampajango, distrito San José (Santa María), es portadora de un saber que aprendió de su madre Doña Cecilia Reyes y otras mujeres de su familia. Sus manos —firmes, precisas y pacientes— transforman la lana en tejidos que conservan la impronta ancestral de su comunidad. En cada pieza que crea, Nancy honra la memoria de sus mayores y reafirma el lugar de las artesanas rurales como guardianas de una tradición que sigue viva gracias a su dedicación y su profundo vínculo con la tierra.



Fotografía 9: En su telar, la artesana **Martina Díaz**, de Londres, Belén —pueblo que custodia al imponente *Shincal de Quimivil*, uno de los centros ceremoniales más importantes del antiguo Tawantinsuyu— avanza con precisión y serenidad, como si cada gesto conversara con la historia que late en esas tierras.

Entrelaza hilos azules y amarillos que evocan el cielo diáfano y el sol intenso que ilumina los cerros, pero también la energía silenciosa que emana de ese territorio sagrado donde aún resuenan memorias Diaguitas e Incas.

Cada movimiento de sus manos transforma la urdimbre en un espacio de creación, paciencia y profundo respeto por los saberes heredados. De pie ante su telar, Martina teje paisajes, historias familiares y el pulso espiritual de Londres, donde el pasado sigue siendo una trama viva.



Fotografía 10: Doña Andrea Morales “Gringa” (Belén), sentada ante su telar en el patio de su casa, continúa tejiendo con la dedicación que la acompaña desde niña. Hermana de Doña Adelina, hoy, a sus 83 años, es también testimonio vivo de fortaleza, oficio y memoria artesanal.

5. Aprender mirando, enseñar haciendo

Las niñas y jóvenes aprenden con la mirada atenta; las mayores transmiten esa sabiduría con la calma de los años. El conocimiento viaja en la práctica, entre risas que alivian y silencios que enseñan.

No hay manuales: hay gestos que guían, paciencia que abriga y un profundo respeto por el oficio. Así, la sabiduría del telar perdura como una herencia viva que se teje de generación en generación.



Fotografía 11: Mercedes Araceli Reyes (7 años) haciendo el ovillo “de a dos cabos”. Ella aprende de su mamá la artesana Nancy Cáceres (Santa María). En este acto cotidiano, madre e hija entrelazan mucho más que hilos, tejen confianza, continuidad y pertenencia.



Fotografía 12: La artesana Elba Ocampos, de Santa María, comparte con paciencia y ternura la técnica del *madejado* a su nieta María Victoria Miranda, de apenas 7 años. En ese gesto sencillo se transmite mucho más que un oficio, se hereda una memoria familiar, un modo de habitar el territorio y una forma de comprender el valor del trabajo artesanal. María Victoria observa, imita y aprende; Elba guía, resguarda y enseña. Entre ambas, el conocimiento ancestral encuentra continuidad y futuro.



Fotografía 13: Una joven artesana María Clara Romero aprende la técnica de tejido en telar de mesa, mientras su maestra, Cristina Nieva Aranda (65 años), comparte con paciencia los saberes que ha resguardado durante años. En su hogar —convertido en espacio de encuentro y aprendizaje— Cristina abrió el Taller Artesanías del Conando, donde mujeres de distintas edades se reúnen para formarse, crear y sostener juntas la tradición textil de Andalgalá (Catamarca).

6. Los colores del monte

El monte ofrece sus tintes: la jarilla, el nogal, la cochinilla, el molle. Con ellos, las artesanas tiñen la lana como quien colorean su presente. Cada color es una conversación con la madre tierra, la Pachamama, una forma de devolverle belleza a lo que ella brinda.



Fotografía 14: María Cisneros, junto a Claudia y Susana Ibáñez, Celia Fregenal, Nuria Caliva y otras artesanas de San José (Santa María, Catamarca), durante una jornada de teñido comunitario. Se realiza el teñido utilizando remolacha y cáscara de nuez. Esta práctica fortalece los saberes colectivos, el aprovechamiento de recursos, la cooperación y la producción local.



Fotografía 15: Grupo de artesanas de San José (Santa María, Catamarca) realizando un proceso de teñido en un espacio comunitario, donde el trabajo colectivo fortalece la transmisión de saberes ancestrales. Se emplean diversos recursos del entorno para el teñido natural: cáscaras de cebolla, cochinilla, jarilla, yerba mate, cáscaras de nuez, y también agentes minerales como hierro y cobre, entre otros insumos propios de la región.

7. De la fibra al sustento

En cada poncho, en cada faja, en cada manta, hay trabajo, identidad y sustento.

El tejido no es solo arte: es economía solidaria, es soberanía sobre el tiempo y los recursos propios. Las mujeres tejen para vivir, pero también para permanecer.



Fotografía 16: Nancy Cáceres (Ampajango distrito San José Santa María) muestra orgullosa esa tela que ha creado bajo la técnica denominada “remolino”.



Fotografía 17: Esther Gutiérrez, joven artesana que resguarda el saber ancestral de su familia. Evoca con emoción a sus padres tejedores y las dificultades que atravesaron, cuando entregaban grandes cantidades de prendas a cambio de apenas un fardo de azúcar. Hoy, fortalecida, valora la importancia de las capacitaciones en costos y comercialización para mejorar la dignidad y sostenibilidad del trabajo artesanal.



Fotografía 18: Joven artesana luciendo su chal bordado. En su gesto al vestirlo, celebra no solo la belleza del chal, sino también la fuerza y dignidad de su oficio ancestral.



Fotografía 19: Artesana de La Hoyada (Santa María), alumna de la diplomatura de tejido en telar de la Universidad Nacional de Catamarca. En taller de fotografía, módulo de Marketing digital.

8. Tejer futuro desde lo ancestral

El futuro también se hila. Estas mujeres, guardianas de un saber milenario, entrelazan tradición y esperanza, arte y territorio. Cada hebra que tensa el telar es un acto de resistencia, una afirmación de que el desarrollo puede tener raíces profundas.



Fotografía 20: Artesana de Puerta de Corral Quemado (Belén, Catamarca) mostrando el embalaje de su producto final, elaborado a partir de los conocimientos adquiridos en la capacitación en Marketing Digital.



Fotografía 21: Pamela Leguizamón, artesana de Londres (Belén, Catamarca), utilizando herramientas de Inteligencia Artificial durante el Taller de IA para potenciar emprendimientos artesanales, desarrollado en el marco del Proyecto *Fortalecimiento de Mujeres Rurales*.



Fotografía 22: Jóvenes artesanas de la Comunidad Indígena Los Morteritos en Taller de Costos. Ellas caminaron ocho horas entre cerros y valles para poder llegar a Puerta de Corral Quemado donde era la capacitación.

Epílogo: el tejido identidad y fortaleza de nuestro territorio

He tenido la bendición —y el privilegio profundo— de conocer a estas mujeres fuertes y resilientes a lo largo de mi camino profesional y personal. Ellas me han enseñado que la fortaleza no siempre se anuncia, a veces se esconde en el silencio del telar, en la paciencia del hilado, en la humildad del trabajo diario.

Cada encuentro con estas ellas ha sido una lección de dignidad, de sabiduría transmitida sin apuro, de amor por la tierra y por la comunidad. Sus manos tejen más que prendas, tejen identidad, memoria y futuro. En sus manos se sostiene el mundo y en sus miradas se adivina la esperanza de un mañana donde el trabajo artesanal sea valorado como lo que es, un patrimonio vivo.

Me marchó de cada comunidad con el corazón colmado de orgullo y con la certeza de que ellas generan el latido más fuerte de nuestra tierra. Y mientras existan sus manos creando, enseñando y sosteniendo, nuestra historia seguirá siendo un tejido firme, luminoso y profundamente nuestro.

Kusilla, kusilla

Gracias Pachamama



Fotografía 23: Gracias Madre Tierra. En la Fiesta de la Pachamama (01 de agosto de 2024) en la Comunidad Indígena de Laguna Blanca (Belén, Catamarca).